

## DE LA UNIDAD DEL VERBO BASGONGADO



Dos son, principalmente, las causas que se oponen al reconocimiento de esta unidad cimentada, por cierto, en la unidad de la palabra también bascongada.

Tales son: 1.<sup>a</sup>, las aparentes irregularidades del presente de indicativo de nuestro verbo sustantivo que solo existen en la imaginación de sus interpretes; y 2.<sup>a</sup>, las formas sincopadas de los tiempos simples de nuestros verbos primitivos, en los cuales no han podido sorprender aquellos, la presencia de los núcleos de nuestros verbos auxiliares *iz*, *au*, que los vivificaran y á los cuales deben aquellos su actual signado.

A estas dos causas de que nos ocupamos en otra ocasión en esta misma Revista, debemos añadir otras dos, no menos importantes, pero más peligrosas aún que las citadas arriba, aunque enlazadas con ellas.

Tales son: 1.<sup>a</sup>, el olímpico desdén con que acogen los trabajos lingüísticos de los naturales, aquellos euskarólogos extraños que por sus luces y conocimientos filológicos, son considerados por los hombres de ciencia, como los solos maestros del bascuence; y 2.<sup>a</sup>, el espíritu de adivinación que se ha apoderado de estos maestros y su inclinación á emitir en forma hipotética ciertas aventuradas opiniones, de las cuales sale siempre mal parada nuestra pobre lengua, que en manos de estos nuevos directores de la opinión quedará bien pronto despojada de sus principales raíces, y convertida en una de esas jergas incalificables, que son á las lenguas lo que las monstruosidades son á la naturaleza viva, y valga la comparación.

El Príncipe Luciano Bonaparte, que á pesar de sus grandes dotes no brillaba por su instinto lingüístico, fundándose sin duda en la ausencia del monosilabo *iz*, radical de nuestro verbo sustantivo *iz-an*

(ser y existir), en las tres personas del plural del presente de indicativo *gara* ó *gera*, *zara* ó *zera*, y *dira*, así como en la tercera del singular *da*, creía como artículo de fé, que han sido dos ó más, y muy distintos, los núcleos verbales que han concurrido á la formación de este tiempo, sin echar de ver la heregía lingüística que se oculta en las hipótesis. En efecto, si el monosílabo *iz* tenía la aptitud necesaria para ormar las dos primeras personas del singular ¿por qué le había de faltar esta misma aptitud para formar la tercera del singular y las tres del plural?

Su predilecto discípulo, nuestro paisano Campión, siguiendo las huellas de su maestro y deseando confirmar sus doctrinas, avanza aún más por esta senda, y opina por su parte que las tres inflexiones del plural que descompone en esta forma *g-era*, *z-era*, *d-ira*, para acercarlas á *ira-un* (durar), cuya tercera del presente singular dice *d-ira-u* (dura), han sido formadas por éste último verbo. De que se sigue que en el sentir de nuestro paisano y al emplear aquellas inflexiones, barbarizamos los bascongados de lo lindo, diciendo *duramos*, *durais*, *durán*, allí donde todo cristiano dice *somos*, *sois*, *son*.

Fúndase para emitir esta opinión no tanto en las analogías de signado *durar*, *permanecer*, *estar*, *ser*, cuyos vicios acabamos de señalar, cuanto en las semejanzas de forma *diran*, *dira*, etc., de suyo engañosas y falaces; pero sin echar de ver que la cuestión primordial en el caso presente es la de saber «por qué y en virtud de qué la radical de nuestro verbo sustantivo *iz*, que formara las dos primeras del singular *na-iz* y *a-iz*, con los demás tiempos de su conjugación, perdió su aptitud para formar las inflexiones del plural y la tercera del singular, y si esta pérdida pudo tener lugar.»

Mas prescindiendo ahora de esta cuestión de principios, es lo cierto que el ilustre autor de la gramática de los cuatro dialectos no se ha fijado en lo que tan claro se ve, y lo hemos demostrado, esto es, en que la vocal *i*, añadida al pronombre prefijo *d*, del singular *da* (él lo es), es un exponente de plural de las personas pasivas de nuestra conjugación, y que su adición á la tercera de singular dicha *da*, cambia esta inflexión en *d-i-a*, y con la letra de ligadura *r*, *di-ra* (ellos lo son), con lo cual queda destruida toda semejanza de forma: *z-an* (él era) adición de la *i*, exponente de plural *z-i-an*; y con la letra de ligadura *r*, *ziran* (ellos eran): *dau*, contraído, *du* (lo ha); adición de la *i*, al pronombre prefijo *d*, *d-i-u*; y con la letra de ligadura

z, (enlace, aumento, repetición), *ditu* (los ha). De donde *ditut*, *dituk*, *ditun*, *ditugu*, *ditudaz*, *ditunaz*, etc. ¿Se quieren más pruebas?

Paréceme además advertir en el señor Campión, así como en Giacchino, Wan-eis y demás euskarólogos, una marcada inclinación á atribuir á la presencia de otros tantos núcleos verbales distintos, algunas de las formas que reviste la conjugación de nuestro verbo sustantivo, con la pretensión de explicar por estos núcleos su signado de *ser* y *existir*.

El Conde de Charencey, inspirandose en las mismas doctrinas, y mal avenido quizá con este engendro anómalo que se compadece mal con la cultura y pulcritud de las lenguas sabias, opina por su parte:

Que el bascuence, á semejanza de otras lenguas inferiores (y aquí entra lo gordo) carecía antes de verbo sustantivo, y que el que hoy tiene ha sido tomado de alguno de los pueblos que nos han circundado, de modo que en el sentir de este filólogo, lo mismo que en el de los Marianas y Tragias, el bascuence es una especie de guirigay ó mezcla informe de voces, giros y construcciones tomados al azar de los pueblos que nos han rodeado, y de los cuales hemos tomado también los elementos constitutivos de nuestro asendereado verbo sustantivo. Y alucinado con estas ideas y penetrado de su verdad, añade.

Que las inflexiones de las dos primeras personas de su presente de indicativo *na-iz* (yo lo soy), y *a-iz* (tú lo eres), han sido tomadas de sus similares las sanscritas *as-mi* (lo soy yo), y *as-i* (lo eres tú); que invertidas en la forma *mi-az=ni-az=naz*; *ni=aiz=naiz*; *i-as=i-az=az*; *i-ai=aiz*; se transforman en efecto en las nuestras *naiz*, y en bizcaino *naz* y *a-is=aiz* y en bizcaino *az*.

Mas no se ha fijado sin duda en estas inversiones, ni se ha fijado en que la vocal *i*, dichosamente conservada en la segunda inflexión *a-sí*, de la lengua primogénita de los arias, es precisamente en la nuestra el pronombre de segunda persona de singular tú, y el mismo que ha dado su signado á nuestra inflexión *aiz=iaiz*, *az=iaz* y que este mismo signado tiene en la inflexión sanscrita *as-i*, por una excepción que no alcanza á ninguna de sus hermanas menores, de las cuales desapareció este pronombre, lo mismo que del sancrito, no obstante las funciones de tal que desempeña en la conjugación del presente de su verbo sustantivo.

Tampoco se ha fijado en que la presencia de la vocal *a* en las inflexiones sanscritas *as-mi* en vez de *aiz-mi*; *as-i*, en vez de *aiz-i*; así

como en la lituana *ami*, y en el inglés *am*, y que el griego cambia en *e*, *ei-mi* en vez de *eis-mi=ais-mi* etc., revela su origen genuinamente euskaro.

Tampoco se ha fijado en que la raíz de nuestro verbo sustantivo *iz-an*, no es el monosílabo *az*, *atz*, que no teniendo signado conocido en el sanscrito, significa en nuestra lengua *aliento*, *respiración*, *soplo de vida*; de donde *atz-en* (aliento supremo ó último), *az-bide* (larínge), *az-ben* (suspiro), etc.: *uritik echera iru atzen egin ditut* (literal desde el pueblo á mi casa he hecho tres alientos supremos); y en traducción libre «desde el pueblo á mi casa tres veces me faltó el aliento, y para no ahogarme me he visto obligado á hacer otras tantas paradas», dice el viejo casero de nuestras montañas.

Mas á pesar de este signado de *respirar*, *vivir*, *ser*, que en ninguna lengua se revela con la claridad que en la nuestra, dicho monosílabo desconocido en el sanscrito, no ha sido el generador de nuestro verbo sustantivo, sino la radical del verbo *izan* (ser, existir), que es *iz* (ser, voz, palabra, existencia, verbo) que todos estos signados tiene en nuestra lengua este humilde vocablo: *atzean zan Itz-a*: (in principio erat Verbum): *eta Itz-a zan Jainko baithan*: (et Verbum erat apud Deum): *eta Jainko-a Itz-a raiz*: (et Deus erat Verbum), decía Lizarraga hace cuatro siglos; y Dios es el Ser de los seres, y el Ser por excelencia.

Por último, es una verdad axiomática que las ideas se expresan en el lenguaje, en el orden mismo en que se suceden en nuestro entendimiento, y siendo la noción del sujeto condición anterior á la de sus modos de ser, es claro que las voces expresivas del sujeto deben anteponerse á las expresivas de sus modos de ser. Es así, decimos nosotros, que el bascuence en dichas inflexiones se atempera al régimen natural, anteponiendo al efecto el pronombre sujeto al verbo *iz*, que expresa su modo de ser y su existencia pasiva, y que el sanscrito invierte este régimen anteponiendo el verbo, que expresa el modo de ser del sujeto, al pronombre, que ejerce los oficios de sujeto; luego en el orden natural y lógico la construcción euskara es anterior á la sanscrita, como el régimen es condición anterior á su inversión, y la aglutinación á la inflexión.

Si se hubiera fijado en estos pequeños detalles que aislados nada significan, pero que unidos adquieren una fuerza incontrastable, habría comprendido que el bascuence aglutinante, no ha tomado aque-

llas inflexiones del sanscrito, lengua inflexiva, sino que lo contrario es la verdad. Cuando el pueblo Indo-ario se separó en las regiones del Asia del gran tronco euskaro en que un día se contenía, no había nacido aún á la vida su lengua sanscrita, y desde aquella remotísima fecha el pueblo bascongado no ha vuelto á ponerse en contacto con el pueblo Indo-ario, si hemos de atenernos á las luces que arroja la historia, ni han podido por consiguiente influenciarse recíprocamente sus respectivas lenguas. Calcúlese, pues, la suma de antigüedad que representan aquellas humildes inflexiones.

Por último, para colmo de contradicciones, opina el mismo Charney, que el bascuence formó su verbo sustantivo del pronombre de primera persona singular *ni*, mediante la adición del subfijo instrumental *z* en la forma *niz*, que según esta construcción, no significaría *ni ser*, *ni existir*, *ni permanecer*, *ni durar*, *ni respirar*, *ni vivir*, sino simplemente de *mí*, ó *á mí*, ó *por mí*, pluralizado; como *esku-z* (á mano); *guante-z* (á guante); *diru-z* á dineros); *buru-z* (de memoria, y lit. á cabezas); *lora-z* (de flores), etc.

¿Qué más dijeron los Tragias y los Marianas de lo que dicen los modernos lingüistas? ¿Y qué es lo que nosotros debemos pensar de tales extravíos? Que así como los errores de aquellos fueron debidos á la época en que vivieron, así también los errores de los modernos se deben á las tinieblas en que hoy se agita el lingüista falto de guías que le orienten en sus investigaciones.

¿Y qué es lo que debemos hacer? Protestar contra estos errores que, de prevalecer en la opinión, inhabilitarian al bascuence para cumplir el fin providencial á que debe su actual conservación.

Dicho esto, pasemos á reconstruir los presentes é imperfectos de indicativo de nuevos verbos auxiliares, así como los de los tiempos simples de nuestros verbos primitivos, pues hecha esta reconstrucción, quedará patentizada la unidad del verbo euskaro que presintió el abate Inchauspe y presiente hoy nuestro paisano el sacerdote Azcue, catedrático del bascuence en Bilbao; pero que no es precisamente la que han pensado en todos los tiempos los partidarios de este principio.

En efecto, el verbo euskaro, aunque único, consta de dos factores ó términos que se unen entre sí, y se completan, para darnos la noción de la existencia de los seres, cual el mundo espiritual se une y se completa en el material y sensible, para darnos la misma noción.

Tales son: 1.º, el monosílabo *iz* (ser y voy), radical de los verbos

*iz-an* (ser y existir), y *ez-an* (decir), variedad fonética del anterior, y la característica además del conjunto de los seres que componen el mundo ideal, espiritual y suprasensible, contenido en el entendimiento de Dios (*i*), en quien tienen su origen (*z*); y la característica también del conjunto de las voces que componen el lenguaje ideal, espiritual y suprasensible, contenido en el entendimiento del hombre (*i*), en el que tienen su origen (*z*).

2.º, el diptongo *au* (ser sensible y completado, y voz sensible y completada, ó sea el habla), radical de los verbos *au-ki* y eufonizado *eu-ki* (tener), y *ausi* (hablar); y la característica además, del conjunto de los seres completados que pueblan el mundo corporal, material y sensible (*a*), contenido en la inmensidad del espacio (*u*), en que se nos muestran.

En el primer caso los seres y las voces, sus imágenes, existen virtualmente y en potencia y disponibilidad, pero no en el acto, sino en pasividad, esto es, *in posse*; razón por la que su característica, el monosílabo *iz*, ha formado el verbo sustantivo de nuestra lengua *izan* con el signado de ser y existir que recibiera *á natura*, y que de derecho le corresponde.

En el segundo caso, por el contrario, los seres y las voces se hallan en plena actividad, y en plena posesión y dominio, los primeros del mundo material y sensible, su obra; y los segundos del lenguaje hablado, material y sensible, su obra; por cuya razón su característica el diptongo *au*, ha formado el llamado auxiliar activo de nuestra lengua, con el signado de haber, tener, poseer, que recibiera *á natura*, y que de derecho le corresponde, pues en la filosofía del lenguaje el espíritu es el señor y el dueño de la materia.

VICENTE AGUIRRE.

(Se continuará)



## DE LA UNIDAD DEL VERBO BASCONGADO



(CONTINUACIÓN)

Estos dos términos *iz*, *au*, no pueden existir el uno sin el otro; el primero *iz*, porque sin los seres espirituales de que es característica este monosílabo, el mundo material y sensible *au* no podría ser; como sin las voces ideales y espirituales de que también es característica el mismo monosílabo *iz*, el lenguaje hablado *au* tampoco podría ser; el segundo *au* porque sin su revelación en el mundo material y sensible de que este diptongo es característica, los seres *iz*, no serían conocidos, y serían como si no existieran; como sin la manifestación de las voces ideales en el lenguaje hablado del que el mismo diptongo es característico, las voces ideales *iz* tampoco serían conocidas, y serían como si no existieran.

Por eso se unen y se completan para formar el gran verbo *euskarro*, el verbo por excelencia, y el solo y único verbo, porque sin él ningún otro podría ser, y en él se han engendrado todos los demás verbos. Pasemos á esta demostración.

Formación de los presentes é imperfectos de indicativo, de nuestro verbo sustantivo *iz-an*, y de los presentes é imperfectos de los tiempos simples de los verbos por él regidos y en él engendrados.

### **Del presente de indicativo del verbo sustantivo *iz-an* (ser y existir)**

Fórmase en las lenguas este presente mediante la unión de los pronombres personales con los llamados temas ó núcleos Verbales, y

formóse el de nuestro verbo sustantivo, mediante la unión de nuestros pronombres personales *ni* (yo), *i* (tú), *a* (él ó ella); *geu* (nosotros), *zeu* (vosotros), y *arek* (ellos ó ellas); con la raíz ó núcleo verbal *iz*, en la forma siguiente, esto es, anteponiendo los pronombres sujetos al núcleo verbal que expresa su modo de ser, cual así lo requiere la lógica de nuestra inteligencia, y lo requiere también el régimen natural.

### Presente primitivo

Singular 1.<sup>a</sup> *ni-iz=niiz* (yo ser, ó soy): 2.<sup>a</sup> *i-iz=iz* (tú ser, ó eres): 3.<sup>a</sup> *a-iz=aiz*; (él ser, ó es): plural 1.<sup>a</sup> *geu-iz* (nosotros ser, ó somos): 2.<sup>a</sup> *zeu-iz* (vosotros ser, ó sois): 3.<sup>a</sup> *arek-iz* (ellos ser, ó son).

Este tiempo dista mucho del actual que dice así:

### Presente actual

Singular 1.<sup>a</sup> *ni-aiz=naiz* (yo lo soy): 2.<sup>a</sup> *i-a-iz=aiz* (tú lo eres): 3.<sup>a</sup> *da* (él lo es): Plural 1.<sup>a</sup> *gara* ó *gera* (nosotros lo somos): 2.<sup>a</sup> *zara* ó *zera* (vosotros lo sois): 3.<sup>a</sup> *dira* (ellos lo son).

Las diferencias entre uno y otro presente son, como se ve, bastante considerables y justificarian el error de los euskarólogos si tales errores fueran justificables, y si la idea de ser y existir vinculada en nuestra lengua en el monosílabo *iz* no vivificara ambos tiempos, el actual y el primitivo. Intentemos su reducción.

Adviértese en primer lugar que las oraciones del presente primitivo pertenecen á las llamadas 2.<sup>as</sup> de pasiva, que constan de nominativo, ó sujeto tácito ó expreso, y verbo; y las formadas por el actual á las llamadas 1.<sup>as</sup> de pasiva, que constan de nominativo, ó sujeto tácito ó expreso, verbo y atributo.

Apelo de ello al testimonio de los gramáticos que al traducir la 3.<sup>a</sup> *da* (lo es), se ven forzados á traducir las dos 1.<sup>as</sup> *naiz* (me soy); y *aiz* (te eres); como en el presente activo se traducen *dau* (lo ha); *nau* (me ha) y *au* (te ha). *nok* (me soy, oye varón); y *nok* (me has, tú varón).

Repárese ahora que en las inflexiones de las dos primeras de singular del presente primitivo *ni-iz*; é *i-z*; la lengua ha interpuesto la vocal *a* entre los pronombres *ni* (yo) é *i* (tú) y el núcleo verbal *iz*; transformándolas en las actuales *ni-a-iz=naiz* (yo lo soy) é *i-a-iz=aiz* (tú lo eres); y que este último se confunde con la 3.<sup>a</sup> del primitivo presente que es también *aiz* (él ser ó es).



Nótese también que aquella interposición de la *a* que suena así mismo en las dos primeras del plural *gara*, *zara*, etc., no puede justificarse por las leyes fonéticas de la lengua, por lo que nos vemos precisados á reconocer, y tal es también la opinión de Campión, que dicha vocal pertenece al número de aquellas letras orgánicas que entran en composición con el valor mismo, y el signado mismo que tienen en la lengua.

Pues bien, y he aquí el punto á que queríamos llegar: aquella vocal en nuestra gramática es precisamente el pronombre de la 3.<sup>a</sup> persona de singular *a* (él, la, lo); y es además el artículo definido *a* (el, la, lo); y tiene por consiguiente en dichas inflexiones el valor mismo y el signado mismo que tiene en nuestra gramática. El hecho es innegable, mas falta su explicación.

En efecto; qué razones tuvo el pueblo euskalduna para añadir aquel segundo pronombre creando así locuciones que disuenan á nuestros oídos y de las cuales se mofa Hobelacque diciendo cuál no será la pobreza de una lengua que no puede decir como las demás *Pedro come la manzana*, sino *Pedro lo come la manzana*, ni puede decir *je suis mort*, sino *yo lo soy muerto*, incluyendo siempre el complemento *lo* y sin poder prescindir de él.

Mas Hobelacque se hubiera guardado de tales rechiflas que hacen poco honor á la ciencia que profesa, si supiera que esta misma construcción que tan pobre le parece se reproduce, según hemos visto antes, en los presentes de todas las lenguas arias, sin excepción, y debe reproducirse también en las semíticas puesto que la 2.<sup>a</sup> persona singular del presente del verbo sustantivo hebreo es, según creo, *aith* ó cosa análoga y tiene, por consiguiente, una forma semejante á la nuestra y una construcción análoga á la del sanscrito, de que parece deducirse que su pronombre *a-ni* (él yo) es el euskaro *ni-a* invertido que aparece en la inflexión *nia-iz*.

De que se sigue que esta construcción en vez de rebajar, enaltece, por el contrario, á nuestra raza y lengua, elevándolas al nivel de las más cultas é inteligentes de la tierra, las que seguramente no la hubieran asimilado, si no estuviera plenamente justificada por razones que hasta ahora ignoramos, pero que deben ser poderosísimas. Cuáles hayan sido estas razones, he aquí lo que nos proponemos averiguar en los párrafos siguientes y el lector juzgará si estamos en lo cierto. Pongamos, pues, manos á la obra.

La primera persona (en bascuence *n-i=yo*) designa en las gramáticas aquella que habla pero abraza la humanidad, puesto que todas las personas son sin distinción y tienen que ser yo, para merecer el nombre de tales; y pues la persona no es, ni puede ser, sin el yo, resulta:

Que este pronombre muy hábil para designar la persona del hombre y distinguirla de los demás seres creados por aquella cualidad ó atributo que es como su característica y su *conditio sine qua*, es por lo mismo inhábil y deficiente para distinguir el sujeto que habla de los demás sujetos, sus compañeros.

¿Y cuál es, preguntamos nosotros, esa característica ó *conditio sine qua* por la cual se distingue la persona del hombre de los demás seres creados? Indudablemente la facultad de hablar. Luego el pronombre yo, alude, sin género de duda, á esta facultad, que reside, no en el cuerpo, sino en el alma racional é inteligente, alma-persona, alma-palabra, y el verbo, en fin, del entendimiento; y el sujeto que habla se conoce no por su alma, principio suprasensible, ni por su facultad de hablar, sino por su cuerpo y por su palabra.

El pronombre de 2.<sup>a</sup> persona (en bascuence *i=tu*) designa aquella á quien se habla, pero abraza á su vez toda la humanidad, en cuanto como persona es *yo*, y alude por consiguiente lo mismo que este último á la facultad de hablar, que es, en efecto, común á ambas personas, así al que habla como á aquel á quien se habla, y común también á la humanidad.

Y como esta facultad no puede tener en la lengua más que una sola característica, pues que si tuviera dos, ó más, perdería este carácter, he aquí que ambos pronombres *yo* y *tú* deben estar dotados de dicha característica si la palabra ha de ser la expresión fiel de nuestro pensamiento.

VICENTE AGUIRRE.

(Se continuará)



## DE LA UNIDAD DEL VERBO BASCONGADO



(CONTINUACIÓN)

Y en efecto, así sucede en el bascuence, puesto que la segunda persona la vocal *i* que por sí sola designa la persona á quien se habla, y caracteriza aquella facultad, entra asimismo en la composición de la primera *n-i*, bien sea esto debido á la casualidad, ó bien al arcaísmo y la pureza sin par de nuestra lengua, como así lo creemos nosotros. Opte el lector por el extremo que le plazca, pero dejemos consignado el hecho, que esto nos basta por ahora.

¿Qué es, pues, en este caso, la consonante *n* añadida y prefijada á la *i* y qué es lo que representa? ¿Será, por ventura, la característica á cuyo favor distinguió la lengua, el sujeto que se halla en el uso y *posesión* de la palabra, que es aquel que habla, ó sea la primera persona, de aquel otro que no se halla en el uso y la posesión de la palabra, cual sucede con el sujeto á quien se habla?

Hay motivos sobrados para creerlo así, si se considera que la consonante *n* es en el bascuence y lenguas turanienses la característica de sujeto poseedor por dominio y conserva este mismo signado de *posesión* en el latín; y sábelo Dios en cuántas otras lenguas sucederá lo que en el latín y el bascuence, únicas que yo conozco, y las conozco mal.

Añádase á esto que esta consonante que el niño profiere en la forma *ñi, ñia, na, aña*, etc., (y esto lo saben hasta las mismas *añas*), significa en su lenguaje *mío, mio mio, á mí*, y con él pide el niño á su madre todo aquello que le parece grato y apetecible, como el pecho de que se nutre, pero dándole á entender que su personita, esto es, el

proferente del grito, es el solo dueño y el legítimo poseedor de la cosa pedida, como es también el solo dueño y el legítimo poseedor del pecho de que se nutre. De que se sigue que en nuestro lenguaje natural dicha consonante es la característica de sujeto poseedor de la persona que habla, que es la primera, ó sea del sujeto que lo profiere, que es el mismo niño.

Y esta consonante *n* es además la radical de que se halla formado el pronombre de primera persona en las lenguas habladas por todos los pueblos y por todas las razas. Consúltese en prueba de ello la lista que extractada de Astarloa copiamos en nuestros trabajos lingüísticos, y en nuestro libro *Tentativas de reconstrucción de nuestro lenguaje natural* etc. He aquí un extracto de esta lista: bascuence *ni*: algongunos é iroqueses *ni*: malabar *ni*: chiquita *ñi*: china *ño*: aimara *na*: mejicana *ne*: poconqui *nu*: cora *nea*: quichua *noka*: araukana *inchi*: bitela *nag*: maipura, achagua, avana *mija*: moja *nuti*: hebrea *ani*: caldea y árabe literaria *ana*: siriaca *eno*: húngaro *en*: amarica *ena*: lenguas arias *mi*, *me*, *ma*, etc., etc. Haga cada cual los comentarios que le plazca que nosotros nos atenemos á los informes que nos ha dado el estudio de la psicología infantil y fonética, que es el estudio de la psicología del alfabeto humano, el cual nos enseña con harta claridad:

Que la consonante *n* es en el lenguaje del niño el grito que anuncia el primer despertar del sentimiento de la posesión y dominio que el futuro rey de la creación cree ejercer sobre todo lo que le rodea, advertido, al efecto, por aquel maravilloso instinto que Dios depositó en su alma, y el cual le dice secretamente que el mundo con todas sus galas le pertenece, y fué hecho por su Creador en beneficio de su persona *ni*. Y pasemos adelante.

La tercera persona en el bascuence *a* (él, ella, aquel, aquella), designa la persona ó cosa de que se habla y la persona ó cosa de que se habla se distingue de aquellas otras de quienes no se habla por la situación que la señalamos, bien sea en nuestra mente, ó bien en el orden creado de la naturaleza, y como la situación se define siempre, y se determina por la extensión y las formas, que son las propiedades de la *materia sensible*, resulta:

Que el pronombre de la tercera persona *a* alude á la *materia sensible* que en el sujeto que habla es la palabra hablada, y en aquel á quien se habla, el cuerpo: y es lo cierto que el sujeto que habla no lo distinguimos por el alma, ni lo distinguimos por su facultad de hablar,

sino por el cuerpo *a*, en que el alma se vivifica, y por la palabra hablada *a*, en que se nos revela aquella facultad: y el sujeto á quien se habla tampoco lo conocemos por su alma, sino por su cuerpo *a*, ni le conocemos por su facultad de hablar, sino por la palabra en que se revela esta facultad.

He aquí por qué la lengua con la previsión que le caracteriza unió á los pronombres *ni é i*, características del alma racional y de su facultad de hablar, prerrogativas de la persona del hombre, el pronombre *a*, característica del cuerpo en que se completa el alma y la característica también de la palabra hablada en que se nos revela aquella facultad, y derivó de este modo los pronombres dobles *nia é ia*, que son los nombres completados del sujeto que habla, y está por esta razón en posesión de la palabra; y de aquel á quien se habla. El primero *nia* significa yo el poseedor *in actu* de la palabra y el segundo *tú*, *hombre* persona ó persona completada.

Añádase á lo dicho que el núcleo verbal *iz* alude á su vez á lo espiritual y suprasensible, y es por esta razón tan deficiente como *ni é i*, para darnos á conocer la existencia corporal y material del sujeto que habla y de aquel á quien se habla.

Por último recuérdese que el hombre primitivo hallándose más cerca que nosotros de los orígenes del lenguaje, no había perdido aún el sentido etimológico de las voces, ni había olvidado la idea que les dió su ser y su vida, y quedará plenamente justificada esta construcción que los arias y semitas heredaron de nosotros. Tiene el bascuence otras construcciones de igual índole.

En efecto, el bascuence no puede decir como el latín *homo sum et nihil humanum á me alienum puto*, ni puede decir como el castellano *hombre soy*, etc, sino que se ve precisado á decir *gizon-a naiz* (el hombre soy), etc. ¿Y sabe el lector por qué? Porque nuestra lengua no ha perdido aún la conciencia de que los indefinidos *gizon-(i)* etc., aluden á ese algo inmaterial que en nuestra mente se une siempre á lo material y sensible y el hombre es espíritu (*i*), y es materia (*a*); alma (*i*), y cuerpo (*a*). Y lo que es aún más chocante, no puede decir *Dios es el creador de los mundos*, ni puede decir *Dios y los fue-ros*, sino *Jainkoa-a da munduko egillea* (el Dios es) etc. *Jainkoa-a* (el Dios) *eta fueroak*, sin duda porque Dios (*i*) no sería para su criatura si no se hubiera revelado en lo sensible (*a*).

Ahora bien: las dos primeras del plural que en el presente elemen-

tal son *geu-iz* y *zeu-iz* (nosotros ser, ó somos, y vosotros ser, ó sois) se hallan en el mismo caso que las dos primeras del singular, por lo que la lengua interpuso el mismo pronombre definido entre los indefinidos *geu* contraído *gu* y *zeu* contraído *zu*, y el núcleo verbal *iz* y de esta adición se formaron *geu-a-iz* (nosotros lo somos); y *zeu-a-iz* (vosotros lo sois). Suprimió después los hiatos intercalando la letra de ligadura *r*, que tanto papel desempeña en nuestra gramática con este carácter, y suprimiendo además la *u* de los dos diptongos los transformó en *gera-iz* y *zera-iz*. Añadió á la tercera del singular de dicho tiempo primitivo el pronombre prefijo *d*, y dando á la *a* el mismo valor de atributo que tiene en las dos primeras, derivó *d-aiz=daiz* (él lo es), de que se sigue que contra la común opinión el pronombre prefijo *d*= él ejerce aquí los oficios de sujeto.

Unió luego á este pronombre prefijo la vocal *i* exponente de plural de las personas pacientes ó pasivas de nuestra conjugación y derivó *d-i-a-iz* y con letra de ligadura *r*, *diraiz* (ellos lo son).

Por donde se ve que el presente actual para su definitiva constitución pasó por otro transitorio que decía así:

### Presente transitorio

Singular 1.<sup>a</sup> *ni-a-iz=naiz* (yo lo soy); 2.<sup>a</sup> *i-a-iz=aiz* (tú lo eres); 3.<sup>a</sup> *d-a-iz=daiz* (él lo es). Plural 1.<sup>a</sup> *geu-a-iz=gera-iz* (nosotros lo somos); 2.<sup>a</sup> *zeu-a-iz=zeraiz* (vosotros lo sois); 3.<sup>a</sup> *d-i-a-iz=dira-iz* (ellos lo son).

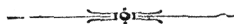
Suprimamos ahora en este presente transitorio la terminal *iz*, de las tres personas del plural, y de la tercera del singular, que sin dar mayor claridad á la expresión, antes bien, oponiéndose á ella, constituía un obstáculo serio al desarrollo de nuestra conjugación, por excelencia sintética é incorporante, y tendremos reconstruido el actual presente *naiz*, *aiz*, *da*, *gara* ó *gera*, *zara* ó *zera* y *dira*, superior al transitorio en que se ha producido, tanto por su claridad, concisión y eufonía, como por su fortaleza y solidez, cual así lo prueba el hecho auténtico de haber atravesado tanto número de siglos sin sufrir alteración ninguna, ni cambiar apenas una sola letra.

VICENTE AGUIRRE.

(Se continuará)



## DE LA UNIDAD DEL VERBO BASCONGADO



(CONTINUACIÓN)

No es posible, sin embargo, asentir á tantas adiciones y sustracciones, de que no nos informan los euskarólogos, y que por esta razón constituyen una novedad peligrosa, nos dirán nuestros adversarios, ni podemos admitir ese tono de seguridad que emplea al tratar como de presente, de sucesos que ocurrieron en épocas remotísimas, y sumidas en impenetrables tinieblas que la ciencia apenas podrá esclarecer con sus luces.

Sabemos lo que se oculta en tales objeciones y no nos ocuparemos de ello; pero podemos devolvérselas á sus autores diciendo, «júzguense, pues, á sí mismos con igual criterio cuando con el mismo tono de seguridad, nos dicen: que *naiz* (yo lo soy), es igual y equivale á *ni-aiz*, suprimida la vocal primera *i*, en virtud de las leyes fonéticas de la lengua», fundándose al efecto en que aquélla inflexión es de primera persona de singular, y el pronombre *ni*, con su intensivo *neu*, la sola característica de esta persona. Que *aiz* (tú lo eres) es igual y equivale á *i-aiz*, suprimida la inicial *i*, en virtud de las mismas leyes; fundándose al efecto en que dicha inflexión es de segunda persona singular, y el pronombre *i*, con su intensivo *eu*, la sola característica de esta persona. Pues qué, señores lingüistas, ¿caso estas sustracciones no se remontan á la misma lejanísima época que aquéllas de que nosotros nos ocupamos? Seguramente, tan antiguas son las unas como las otras. Por donde se vé que en casos tales no debemos fijarnos tanto en el hecho mismo de la adición ó sustracción, sino en inquirir si tales adiciones y sustracciones son perfectamente ajustadas á las leyes

que presiden el desarrollo de las lenguas en general, y del bascuence en particular, é inquirir también por estas leyes la necesidad de aquellos cambios que es lo que nosotros hemos hecho al ocuparnos de las adiciones y volveremos á hacerlo para justificar la supresión de la terminal *iz*.

Mas por ahora nos conviene llamar la atención del lector sobre otro punto que no ha quedado bien dilucidado, pero del que no se ha hecho cargo el lingüista, bien sea porque desconoce el gran principio de la vida del lenguaje tantas veces invocado y otras tantas olvidado, ó bien por su insuficiencia para aplicar este principio al esclarecimiento de las cuestiones lingüísticas.

En efecto, las leyes fonéticas fundadas en la armonía, en el sonido, que es á las lenguas, lo que la armonía en la forma es á la naturaleza, no pueden invalidar el principio fundamental de que la idea no es, ni puede ser, en el lenguaje del hombre, sino completada en un grito que ha de ser precisamente la característica de dicha idea, y su *conditio sine qua*; á la manera misma que en el mundo que habitamos el ser no es ni puede ser, sino completado en un organismo que ha de ser precisamente la característica y la *conditio sine qua* de dicho ser. Los lingüistas expresan este principio, diciendo, que es tal la índole del lenguaje, que éste nada puede afirmar sino mediante un grito que ha de ser precisamente la característica de la afirmación hecha, y su *conditio sine qua*; siendo tal la virtualidad de este principio que Dios mismo no puede existir en las lenguas sino mediante su nombre, esto es, mediante un grito que ha de ser precisamente la característica de la vida ó de la afirmación contenida en dicho nombre.

Si pues el pronombre *i*, con su intensivo *eu*, es la sola característica de primera persona singular del bascuence, ¿cómo no ha perdido este carácter la inflexión *aiz*, que carece de aquél pronombre? ¿Y si el pronombre *ni* con su intensivo *neu*, es la sola característica de primera persona singular, ¿cómo no ha perdido este carácter la inflexión *naiz* que carece de aquél pronombre? Y si la sola característica de nuestros nombres definidos es el artículo *a*, ¿cómo no han perdido este carácter los genitivos *begien*, *gizonen*, etc., que carecen de aquél artículo?

Últimamente si la sola característica de la idea de *ser* y *existir* es en el bascuence el monosílabo *iz* (ser y voz), (y hace diez y seis años que lo demostramos así en nuestras cartas lingüistas y en esta misma Revista) ¿cómo no han perdido este signado las inflexiones *da*, *gara*,



*zera, dira*, de nuestro actual presente? ¿Es que las leyes fonéticas pueden invalidar aquél principio? De ningún modo, puesto que el organismo es condición anterior y la condición obligada de la forma.

Luego preciso es buscar por otro lado la razón psicológica de aquellas supresiones ó eliminaciones y buscarla precisamente dentro del gran principio de la vida del lenguaje tantas veces invocado y otras tantas olvidado por los mismos que menos debieran olvidarlo, para probar una vez más que las leyes que informan la vida del lenguaje, son las mismas que informan la vida de la naturaleza, y que las lenguas y sus voces nacen, crecen, se desarrollan y mueren, como los seres vivos á quiénes deben compararse para su estudio. Entremos, pues, en esta demostración.

En efecto, los sonidos son á los vocablos de las lenguas, lo que los alimentos á los organismos de los séres vivos; y así como estos alimentos una vez asimilados llegan á formar una parte integrante y constitutiva del organismo que los ha asimilado, y no podrán ser violentamente arrancados de él sin que el organismo perezca; así también aquéllos sonidos una vez asimilados llegan á formar una parte integrante y constitutiva del vocablo que los ha asimilado y no podrán ser violentamente arrancados de él sin que el vocablo perezca.

Luego, según esto, el pronombre *ni*, no pudo ser violentamente arrancado de la inflexión *niaiz*, sin que esta inflexión pereciera; ni el pronombre *i* de la inflexión *iaiz*, sin que esta inflexión pereciera, ni la terminal *iz*, de las inflexiones *garaiz*, *zaraiz*, etc., sin que éstas perecieran. ¿Cómo se efectuó, pues, aquélla eliminación? En virtud de otro principio no menos sencillo que el anterior.

En efecto; los séres vivos, así como están dotados de facultades asimiladoras y secretorias, así también están dotados de otras desasimilares y excretorias, y en virtud de estas últimas expelen de su seno todo aquello que por cualquiera circunstancia se ha hecho inútil ó perjudicial al buen desempeño de las funciones que presiden á su desarrollo y conservación.

Del mismo modo las lenguas y sus voces, así como están dotadas de facultades asimiladoras y secretorias, así también están dotadas de otras desasimilares y excretorias, y en virtud de estas últimas expelen de su seno todo lo que por cualquiera circunstancia se ha vuelto inútil ó molesto para el buen desempeño de las funciones que presiden á su desarrollo y conservación.

Y la armonía en el sonido es á las lenguas lo que la armonía en la forma es á la naturaleza; y en virtud de esta ley debía desaparecer el hiato formado por el encuentro de las vocales en las frases *ni-aiz* é *i-aiz*. Y en virtud de la misma ley debían desaparecer las disonancias formadas por el encuentro de las consonantes en todas aquellas frases á las cuales sirven como de radical las inflexiones *garaiz*, *zaraiz*, etc.

Y la economía en el sonido, eso que el lingüista llama tendencia á la brevedad, es á las lenguas lo que la economía en la materia es á la naturaleza, y en virtud de esta ley debían desaparecer aquéllos hiatos y disonancias, no por adición de nuevas letras ó secreción de nueva materia que alargando la dicción hubiera imposibilitado el desarrollo de nuestro verbo, sino por absorción ó supresión de la *i*, en las primeras, y de la terminal *iz*, en las últimas, á fin de que dichas inflexiones no perdieran la aptitud que hoy las distingue para formar las nuevas y numerosas conjugaciones que de ellas ha derivado el pueblo euskaro con una inteligencia superior á todo encomio y á la que debe nuestro bascuence el glorioso título que hoy ostenta de ser el digno antecesor de las lenguas habladas por los pueblos más cultos y civilizados de la tierra.

Por último; el instinto de la propia conservación es á las lenguas, lo que es á los séres vivos, y en virtud de este instinto debía desaparecer aquella terminal *iz*, vocalizada, débil, fugaz, perecedera, para dar á nuestro presente la solidez y consistencia que hoy le caracteriza, y á la cual debe su actual conservación.

Y la terminal *iz* desapareció en cumplimiento de las leyes que presiden al desarrollo de las lenguas, no menos reales y efectivas que aquéllas que presiden al desarrollo de los seres y cual desaparecen en la naturaleza aquéllos generadores que habiendo cumplido su destino se han vuelto incompatibles con aquéllos mismos á quienes ellos han dado su ser y su vida. Más esta desaparición no fué la obra de un momento, sino la obra del crecimiento de la lengua y del desarrollo de su conjugación, cual así lo veremos bien pronto.

Por ahora añadiremos para dejar bien dilucidado este punto, que las voces simples son á las compuestas por ellas formadas, lo que los cuerpos simples son á los compuestos por ellos formados; y así como estos últimos al combinarse en el crisol de la naturaleza ó en el crisol del químico pierden sus propiedades nativas para tomar las del nuevo producto, y no podrán ser violentamente arrancadas de él sin atacar su

integridad, esto es, sin que el producto perezca; así también las voces simples al combinarse para formar las llamadas inflexiones pierden su propio signado para tomar el de la nueva inflexión y no podrán ser violentamente arrancadas de éste, sin que la inflexión perezca.

Pero á la manera que los productos naturales son luego trabajados, pulidos y cincelados por la mano del hombre para subvenir á las necesidades de la vida humana, de sus artes, de su industria y del comercio, así también aquellas inflexiones son luego trabajadas, pulidas y acrisoladas por la inteligencia del hombre para subvenir á las necesidades de la expresión y del lenguaje.

Siguese de aquí que al combinarse las simples *i* (tú), *a* (lo), *é iz* (ser), para formar el vocablo nuevo *i-aiz*, perdieron su signado nativo para tomar el de la nueva inflexión, de modo que al arrancar de ésta la vocal *i*, no pudo ser arrancado el pronombre, porque éste perdió su signado para tomar el de la nueva inflexión, sino que se eliminó de esta última una pequeña parte de la materia constitutiva de la misma, la necesaria para devolver á esta la armonía perdida.

Del mismo modo al combinarse los simples *geu* (nosotros), *a* (lo), *é iz* (ser), para formar la inflexión *g(eu)-a-iz=geraiz*, perdieron estos simples su sentido nativo para tomar el de la nueva inflexión, de modo que al arrancar de esta la sílaba terminal *iz*, no fué ni pudo ser arrancado el núcleo verbal puesto que este perdió su signado para tomar el del nuevo vocablo, sino que se eliminó de este último una pequeña parte de la materia constitutiva del mismo, la necesaria para devolverle la aptitud que hoy le distingue para formar las nuevas y numerosas conjugaciones que de ella derivó el bascuence, llevado de su tendencia á encerrar la oración en una sola frase y la frase en una sola palabra, que es la ley de la evolución de todas las lenguas en su período infantil. Y la terminal *iz*, desapareció y tuvo que desaparecer si se habían de cumplimentar las leyes que rigen la vida de las lenguas; mas esta desaparición no se efectuó, como hemos dicho más arriba, de golpe y repentinamente, sino que fué la obra del crecimiento de la lengua y del desarrollo de su conjugación como así lo vamos á demostrar.

VICENTE AGUIRRE.

(Se continuará)



# DE LA UNIDAD DEL VERBO BASCONGADO

(CONTINUACIÓN)

En efecto; saben bien los gramáticos euskaros que las inflexiones verbales de nuestra lengua se declinan, como se declinan todos nuestros nombres, y reciben además de las características casuales, otras muchas partículas de relación, adverbiales, conjuntivas, relativas, personales, etc., cual se ve en los siguientes ejemplos:

## 1.<sup>a</sup> persona *naiz*

*Naiz-(e)-n* (de quien soy): *naiz-(e)na* (el de quien soy): *naiz-(e)-nan* (de quien de quien soy ó muy de quien soy): la repetición superlativa, la frase: *goi* (arriba, alto): *gogoi* (muy arriba, muy alto): *naiz-(e)-nana* (muy el de quien soy): *naiz-(e)-la* (que lo soy (el) ó (el) que lo soy): *naiz-(e)-lako* (porque lo soy): *naiz-(e)-nari* (á quien lo soy): *naiz-(e)-nantzat* (para quien lo soy): *naiz-(e)-neko* (para cuando lo soy).

## 2.<sup>a</sup> *aiz*

*Aiz-(e)-n* (de quien eres): *aiz-(e)-na* (lo) de quien eres): *aiz-(e)-nan* (muy de quien eres): *aiz-(e)-nana* (muy (el) de quien eres): *aiz-(e)-la* (el que lo eres): *aiz-(e)lako* (porque lo eres): *aiz-(e)-nari* (a quien lo eres) *aiz-(e)-nantzat* (para quien lo eres): *aiz-(e)-nian* (cuando lo eres): *aiz-(e)-neko* (para cuando lo eres), etc.

## 3.<sup>a</sup> persona *daiz*

*Da(iz)-n=dan* (de lo que ó de quien es): *da(iz)-na=dana* (lo de que ó lo de quien es): *da(iz)-nan=danan* (muy de quien es, ó

de lo aque es): *de(iz)-la=dala* (lo que es): *da(iz)-lako=dalako* (porque lo es): *da(iz)-nian=danian* (cuando lo es): *da(iz)-neko=dane-ko* (para cuando lo es): *da(iz)-nantzat* (para quien lo es): etc.

### Plural 1.<sup>a</sup> persona garaiz

*Gora(iz)-n=gara-n* (de quienes somos): *gara(iz)-nak=garanak* (los de quien somos): *gara(iz)-nanak=garananah* (los de quien somos): *gara(iz)-nian=garanian* (cuando lo somos): *gara(iz)-nontzat=garanontzat* (para los que esomos); *gara(iz)-neko=garaneko* (para cuando somos): etc.

### 2.<sup>a</sup> persona zaraiz

*Zara(iz)-n=zara-n* (de quienes sois): *zara(iz)-na=zara-na*: *zara(iz)-la=zara-la*: *zara(iz)neko=zara-neko*: *zara(iz)nian=zaar-nian*: *zara(iz)nantzat=zara-nantzat*: *zara(iz)-nari=zara-nari* etc.

### 3.<sup>a</sup> persona diraiz

*Dara(iz)-n=dira-n*: *dira(iz)-nak=dira-nak*: *dira(iz)-nontzat=dira-nontzat*: *dira(iz)-nian=dira-nian*: *dira(iz)-neko=dira-neko*: *dira(iz)-neri=dira-neri* etc.

Estas frases son intraducibles literalmente, pero se prestan mejor á la traducción libre: ejemplo; *naizena naizelako* (por quien soy): *dana dala* (sea lo que fuera ó sea quien quiera): *garanak garalako* (por quien somos): *eldu diranian* (cuando han llegado ó sonllegados, ils sont parvenus), etc.

Si ahora fijamos nuestra atención en las frases anteriores observaremos que en las formadas por las inflexiones de las dos primeras del singular *naiz*, *aiz*, la lengua interpuso entre su consonante final *z* y las iniciales *n* y *l* de los subfijos que se les adhirieron, la letra de ligadura (*e*), á fin de evitar las dificultades que ofrecía la pronunciación de las dos consonantes unidas que además de ser difícil, torpísima y casi impracticable, es á la par incompatible con la eufonía euskara.

Y procedió así porque si hubiera eliminado el monosílabo (*iz*) para devolver á la nueva frase la armonía que perdiera por el encuentro de aquellas consonantes; en este caso hubiera atacado la integridad de aquellas inflexiones *naiz*, *aiz*, que hubieran quedado de hecho destruidas, como cualquiera puede comprender fijándose en su sencilla y

delicadísima estructura. Por eso interpuso dicha letra de ligadura (*e*), diciendo *naiz-(e)-en*, *naiz-(e)-na*, *aiz-(e)-u*, *aiz-(e)na*, etc.

Por el contrario, si en las frases formadas por las inflexiones de los plurales *garaiz*, *zaraiz*, *diraiz*, y la tercera del singular *daiz*, hubiera optado la lengua por el método de secreción de nueva materia, intercalando al efecto la misma letra de ligadura *e*, y diciendo *garaiz-(e)-n*, *garaiz-(e)-nak*, *garaiz-(e)-lako*, *daiz-(e)-nontzat*, etc., á fin de devolver á estas frases la armonía que perdieran por el encuentro de dichas consonantes; en este caso hubiera dificultado la dicción prolongándola en demasía y haciéndola más torpe y difusa y sobre todo embarazosa para el desarrollo de nuestro verbo.

Por esta razón optó por el método de la absorción de la materia para orillar aquellas dificultades; eliminando al efecto el monosílabo (*iz*) en las frases dichas *gara(iz)-n*, *gara(iz)-nak*, *dira(iz) nak*: *dira(iz)-lako*; etc., y creando así las actuales *gara-n*, *gara-nak*, *dira-nak*, *dira-lako* que se distinguen de las anteriores no sólo por su eufonía sino también por su concisión, por su claridad y por su energía, que son los fines que se propone el lenguaje.

Igual construcción se observa y el mismo fin ha perseguido la lengua en la formación de numerosísimos vocablos, tales como *betile*, *betazal*, *bepuru*, *betondo*, *bekoki*, *arzain*, *iz-urde*, *galburu*, *luparia*, *luebana*, etc., cuyo signado comprende perfectamente nuestro labrador, pero sin poder comprender, según nos cuenta Larramendi, que aquellos vocablos son las contracciones de los compuestos *begi-ile*, *begi-azal*, *begi-buru*, *begi-ondo*, *begi-goio*, *ardi-zain*, *ichaz-urde*, *gari-buru*, *lur-paria*, *lur-ebana*, etc., ni comprender tampoco que estas contracciones son obra suya.

Ahora bien; en aquellas frases cuya construcción queda tan bien justificada aprendió y debió aprender la lengua á dar á las inflexiones del presente actual *da*, *gara*, *zara*, *dira*, el valor mismo y el signado mismo que hoy tienen en nuestra gramática, y como su terminal comun *iz*, redundante, inútil y embarazosa, constituía un obstáculo serio al desarrollo de nuestro verbo, concluyó por suprimirlo, con gran ventaja para la lengua, cual así lo ha visto el lector en los párrafos anteriores y lo demostramos también en los artículos lingüísticos publicados en esta misma Revista. Mas estos artículos no lograron llamar la atención. Veremos si ahora sucede lo mismo, en cuyo caso, recordaremos al lector lo que sucedía á nuestro Larramendi cuando en sus ex-

cursiones por estas montañas y siempre que podía trababa conversación con los labradores á fin de sorprender en ellos las voces, giros y construcciones más castizas de la lengua.

¿No es cierto, les preguntaba, que *ar-zain* (pastor de ovejas), tiene el mismísimo significado que *ardi-zain*? Sí, señor, *bai jauna*, contestaba el labrador. ¿No es cierto que *it-zain*, tiene el mismo significado que *idi-zain*? Sí, señor, *bai jauna*. ¿No es cierto que *betile* (pestaña) tiene el mismísimo significado que *begi-ile*? Sí, señor, *bai jauna*. En este caso comprenderá también que las voces *ar-zain*, *itzain* y *betile* son simples abreviaciones de *ardi-zain*, *idi-zain* y *begi-ile*. A esta pregunta el labrador callaba. ¿No lo comprende usted, hombre de Dios? insistía Larramendi repitiendo una y otra vez la misma pregunta. Entonces el labrador apremiado por aquella insistencia y después de rascarse la cabeza repetidas veces, concluía por decir: no señor, *ez jauna, neretzat baño geiago da ori: ni eznaiz eskolaua ta...* y sin embargo aquellas abreviaciones eran su obra y hechas por él para no malgastar el tiempo. Pero comprendía instintivamente que las voces abreviadas tenían un signado más preciso y mejor definido que aquellas en que se habían producido, y no podían ser reemplazadas por las primeras sin detrimento de la lengua; en una palabra: se fijaba en las diferencias más que en las analogías, aun cuando no dejaba de conocer estas últimas y aunque poco perspicaz se mostraba lógico con la lógica de la lengua.

### **Formación de las oraciones recipientes del presente de indicativo del verbo sustantivo *izan* (ser, existir)**

Vamos ahora á ver que á semejanza de ciertos ríos que después de sepultarse en las entrañas de la tierra vuelven á reaparecer al cabo de cierto trecho sobre su superficie, y perdone el lector este paralelo, así también el núcleo verbal *iz*, perdido y sepultado en las inflexiones del presente simple que acabamos de analizar, reaparece en este mismo presente para confusión de sus intérpretes, cuando las oraciones primeras de pasiva por él vivificadas, se transforman en las llamadas recipientes. Y llamamos muy particularmente la atención del lector sobre este hecho que tampoco ha sido interpretado por los euskarólogos.

En efecto, para efectuar esta transformación, observamos que el bascuence subfijó al presente que hemos llamado transitorio la letra ac-

cionaria *k*, bien conocida con este carácter en nuestra gramática, seguida de las características pronominales *t*, *k*, *n*, *a*, *gu*, *zu*, pero interponiendo á la par la letra eufónica y de ligadura *a*, para evitar el choque de las consonantes *z* y *k* y facilitar su pronunciación. Y estas subfijaciones las ha hecho en la forma y modo que se expresa á continuación:

### Oraciones recipientes de 3.<sup>a</sup> persona singular *a*, (él ó ella)

Con sujeto de primera singular *ni*. Presente transitorio *ni-a-iz=naiz* (yo lo soy). Su transformación en recipiente de tercera singular *a*, *naiz-a-k-a* (yo lo soy á él, ó me he á él). En esta oración transformada la primera vocal *a* es eufónica y de ligadura; la accionaria *k* designa el acto que media en toda recepción y señala el tránsito de la oración simple á recipiente; la terminal *a*, es el pronombre de tercera persona singular y señala la persona recipiente.

Nota. La terminal *aiz* de la inflexión *naiz*, cambia la eufonía en *aitz*, *atz*, *az*, *ach* y *aj* con jota latina, cual sucede con el nombre de la peña que siendo también *aiz*, cambia el guipuzcoano en *aitz*, *atz*, y en composición *az*, y el bizcaino en *ach*. De aquí nacen las siguientes variedades dialectales.

Guipuzcoano: por transformación de *aiz* en *aitz*, *atz*; *naitzaka*, *natzaka*, *natzaika*, *natzako*, *natzakyo*, y contraído con eliminación de la *k*, *natzayo*, (yo me soy, ó me he á él). Labortano *natzaika*. (Véase la gramática de Larramendi): *natzayo* (Campión). Suletino *nitzayo*, variedad de *natzayo*, Eibar y sus contornos *naichaka*, *nachaka*, *nachako*, *nachakijo* con jota latina ó *nachakiso*. Bizcaino de *Arratia*, etc., *najaka*, *najako* con jota latina.

Sujeto de segunda persona singular *i* (tú). Presente transitorio *i-a-iz=aiz*: su transformación en recipiente de tercera singular *a*: *aiz-a-k-a* (tú lo eres á él ó tú le has á él).

### Variedades dialectales

Guipuzcoano: por transformación de *aiz* en *aitz*, *atz*; *aitzaka*, *atzaku*, *atzaika*, *atzako*, *atzaiko*, *atzakyo* y contraído con eliminación de la *k*, *atzayo*. Labortano (Larramendi) *atzaika*. Campión *atzayo*. Suletino *itzayo*. Eibar y contornos por transformación de *aiz*



en *ach*: *achaka*, *achako*, *achaiko*, *achakijo* (jota latina), ó *ackiño*. Bizcaino *ach* en *aj* con jota latina *ajaka*, *ojako*.

Sujeto de tercera singular. Presente transitorio *d-a-iz* (él lo es). Su transformación en recipiente de tercera persona singular *a*: *daiz-aka*; (él lo es á él, ó él se ha á él): eliminación del pronombre prefijo *d*, *aiz-aka*, de que nacen las variedades *aizaka*, *atzaka*, *atzaika*, *atzako*, *atzaiko*, *atzakyo*, *achaka*, *achako*, etc., que se confunden con las anteriores de sujeto de segunda persona. Para evitar esta confusión, y además por razones que no podemos precisar á no ser repitiendo con Astarloa que siendo el infinitivo generador una tercera persona no necesita característica de su estado, es lo cierto que la lengua eliminó la vocal *a*, característica de dicha tercera persona y transformó las guipucoanas en *tzaka*, *tzako*, *tzakyo*, *tzayo*: por desdoblamiento de *tz* en *z*, *zaka*, *zako*, *zakyo*, y por eliminación de la *k*, *zayo* (él á él): las labortanas (Larramendi) *zaika*, *zeika*; y según Campión *zayo*. Suletino *zayo*. Bizcaino *chaka*, *chako*, y por transformación de la *ch* en *i* jota latina *jaka*, *jako* (él á él). Eibar y alta Guipúzcoa por transformación de la *i* jota latina en la *j* castellana *jako*, *jako*, *jakiyo* ó *jakiño*.

VICENTE AGUIRRE.

(Se continuará)

---

## SECCIÓN AMENA

### UN DIÁLOGO

A un enfermo que se estaba muriendo, le preguntó una vieja:

—Me conoces, hijo mío?

—Si, señora, la conozco á Ud.

—Pues dime, ¿quién soy?

—Es Ud. la mujer más chismosa que hay en el pueblo.

—Mira, hijo mío, que no es ocasión para gastar chanzas.

—Por eso lo digo, abuela, porque es la hora de decir verdades.